

Micha

Abel Arcos

9550. Una posible interpretación del azul (Novela, Editorial Fra, Praga, 2014)

Micha está «cruzao», madre rusa de Kemerovo (pueblo perdido en la Siberia) con padre mulato originario de Alamar (reparto habanero donde hacen hombrecitos a los niñitos «cruzaos» como Micha). Micha por supuesto no se llama Micha, pero lo es, lo fue desde que tuvo edad suficiente para salir a la calle a burlarse de todo lo que anda y tiene ojos, a gritarle al mundo que lleva nieve en su sangre. Le gusta contar que para llegar a su pueblo allá en lo blanco hay que tomar el transiberiano, un tren que al igual que un barco está equipado para pasar días y semanas sin salir de su vientre, un tren que recorre la Siberia como si atravesara el océano.

«Me fascina tu cabeza», fue lo primero que me dijo, «una cabeza muy cósmica», fue lo segundo.

Recién se había aprendido esas palabras y todo, caprichosamente, era fascinante y cósmico.

«¿Escondes alguna habilidad especial en tanto espacio?» Me golpeó dos veces en la cabeza y dijo «toc-toc».

Yo lo miro, me pone nervioso, tenemos diez años y estamos en el matutino, alineados y en silencio a mitad de una fila de pioneritos.

Esta fue mi respuesta, un susurro:

Soy increíble jugando yaquis.

Luego hay un canto, el izar de una tela; lo ideal es que la bandera alcance la cima del asta justo al entonar la última frase del himno.

Micha siempre canta en ruso, aunque su voz se pierde en el gran coro infantil yo sé que lo hace en ruso, que ni siquiera se lo sabe en español. Después se fuga aprovechando la marea de hormigas rojas, blancas y azules que inunda las aulas. No va muy lejos, no hace falta, ahí mismo detrás de la escuela hay una arboleda que rocía la tierra de hojas secas, de esas que al pisarlas crujen como algo que se pudiera comer. Acostarse bajo esos árboles procura una irresistible sensación de otoño y Micha piensa en bosques de abedules. Según Micha los abedules son blancos, de lejos parecen de plastilina y de cerca dan ganas de masticarlos. Nótese que Micha jamás ha visto un abedul, pero los lleva adentro y enseguida los reconoce y grita «¡Un abedul!» cuando aparecen en la televisión. A veces me traduce alguna que otra palabra de las que salen al final de los muñequitos rusos, y si no las sabe inventa y entonces la misma palabra cambia de significado día de por medio, depende de su humor, de su mitad rusa.

A Micha no le importa tener esa cara de esquimal sacado a la fuerza de su hábitat natural, esquimal esclavo. Él se pone la pañoleta en la cabeza como un pirata y salta de mesa en mesa mientras le grita improperios a la maestra en su lengua materna, en su ruso «cruzao». Entre semana me echa a jugar yaquis

contra las niñas del aula y apuesta besitos de piquito. Los sábados, como premio, me lleva con él a Tarará, donde viven los rusitos quemados de Chernobil. A jugar futbol, a sentirnos mejor porque su cara de esquimal y mi cabeza de globo-terráqueo no son nada comparadas con esos niños medio calvos, medio deformados, medio tristes, medio rotos.

Aquellos sábados en los que Irina, una rubia del tamaño de una palma a la que nunca he visto sin un cigarro en la boca, pronuncia Tarará pero con más erres, recorriendo la palabra suavemente y dejando erres y humo detrás, así: «Tarrarrá» y humo, así: «¿niños quieren venirse con mamá a Tarrarrá?» y humo. Irina es la mamá de Micha, que es como si fuera mi mamá pero mejor porque no lo es realmente. Y nosotros que enseguida saltamos como un par de conejos al asiento trasero de su Lada, que fuma y acelera y se mira al espejo y nos pone una música tristísima, rusísima, que Micha me va traduciendo durante el viaje.

Ella fuma viéndonos jugar, una palma echada al sol que grita el nombre de sus niños para animarnos aunque lo único que hacemos es correr como subnormales detrás de la pelota, detrás de esos superniños a los que la explosión nuclear parece haberlos sacado de la tierra y llevado a vivir dentro de un cómic.

A la hora de irnos Micha se queda intercambiando experiencias con sus paisanos.

Yo me tiro a descansar en los pies de Irina, que sonrío y echa humo y me dice: «niño parreces una marraca detrás de una pelota, parrrece que llevas la pelota encima de los hombros». Y también me río, me río pensando que el humo del cigarro después de entrar a su cuerpo sale más azul, con un renovado olor a alguna hierba suave que hace que el aire sea cosa insana.

